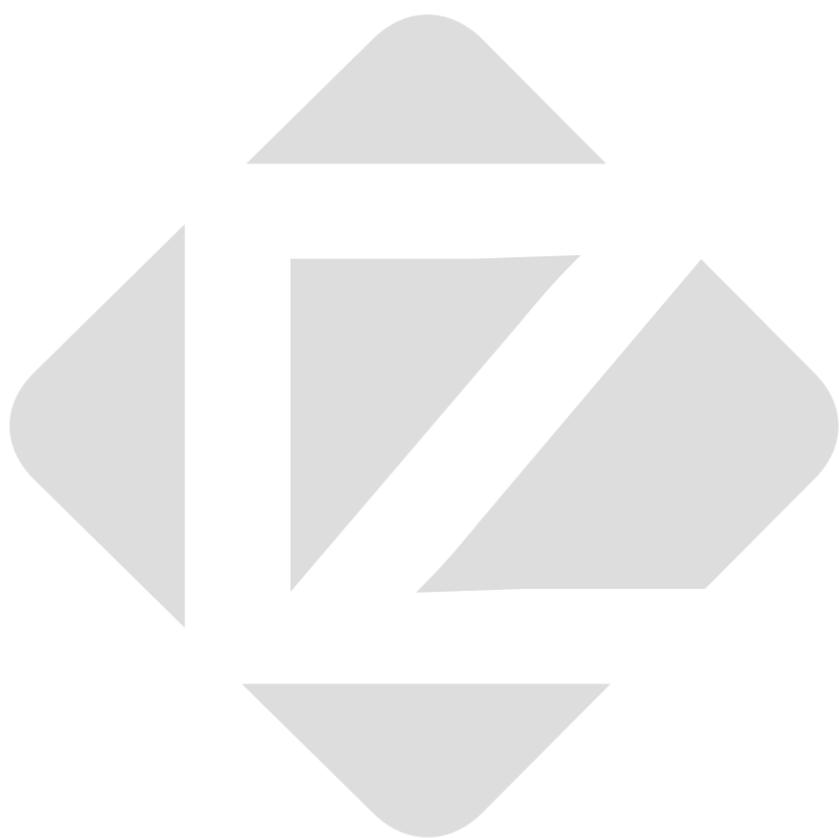






QUEBRANTO





Juan Diego Incardona

QUEBRANTO



INTERZONA

INTERZONA

Incardona, Juan Diego

Quebranto / Juan Diego Incardona. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2024.

120 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-114-6

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina. 3. Cuentos. I. Título.
CDD A86o

© Juan Diego Incardona, 2024

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Edición: Fátima Nieves García

Corrección: Fernando Ozón

Ilustraciones de tapas: Ariel López V.

ISBN 978-987-790-114-6

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*Dedicado a la memoria de mis padres:
Celina Zaldarriaga y Juan Incardona.*

*Agradecimientos:
A Camila Flynn, Máximo Bravi, I Acevedo y Ariel López V.*



PRÓLOGO

EL FINO Y LIBERADOR ELIXIR DE LAS LÁGRIMAS

Quebranto es un libro culminante en una obra en la que Juan Diego Incardona transformó a Villa Celina en un barrio universal. Algunos escritores producen, luego de una larga trayectoria de escritura, un trabajo que se destaca no solo por su valor literario sino porque, a la vez que condensa el carácter de un estilo, otorga la clave para comprenderlo de manera definitiva. Es el caso de estos relatos.

Se trata de un libro de relatos *definitivo* porque, desde su título, que refiere al dolor y a la pena extraordinaria que solo las personas que han sufrido la muerte o la ausencia de un ser amado pueden comprender, nos habla de un límite y nos sitúa en la posibilidad de cruzarlo. Relatos que están entre la vida y la muerte y que escenifican la siguiente situación: después del dolor ya no queda nada excepto continuar, pues permanecer en un mismo sitio sería convocar a la mismísima muerte, aun cuando ella sea tan misericordiosa como para permitirte contar un último relato antes de despedirte de este mundo para siempre, tal como sucede en “Hambre de gloria”.

Para dejar atrás el dolor por las muertes, la de su madre, familiares y amigos, el narrador de *Quebranto* sale a caminar por el barrio, por el cementerio, llega al Congreso de la Nación y, al hacerlo, se vuelve un héroe capaz de salvar a la humanidad. Se llama Juan Diego Incardona, y su destino, en realidad, no es el de un héroe sino el de un narrador. En este deambular al que es invitado por los fantasmas de su pasado (“Vení, vamos a dar una vuelta”), en

estos paseos trascendentales en los que llega incluso a fundirse con la naturaleza, con los árboles, con su savia, exhibe un don: recoger relatos perdidos en hojas de libros petrificados, percibir historias reflejadas en criaturas radioactivas o en destellos de la luz mala en la que él mismo se está transformando para convertirse en una historia de miedo más de *El campito* que luego será narrada por Carlitos el ciruja. Estos objetos plenos de historias son ni más ni menos que sus conocidos *Objetos maravillosos*. Desechos, restos de fábricas abandonadas por la destrucción calculada de un gobierno neoliberal en los noventa, restos de catástrofes nucleares y climáticas que, a la manera arltiana o berniana, componen un mundo mutante y épico que participa tanto de la ciencia ficción como de la epopeya.

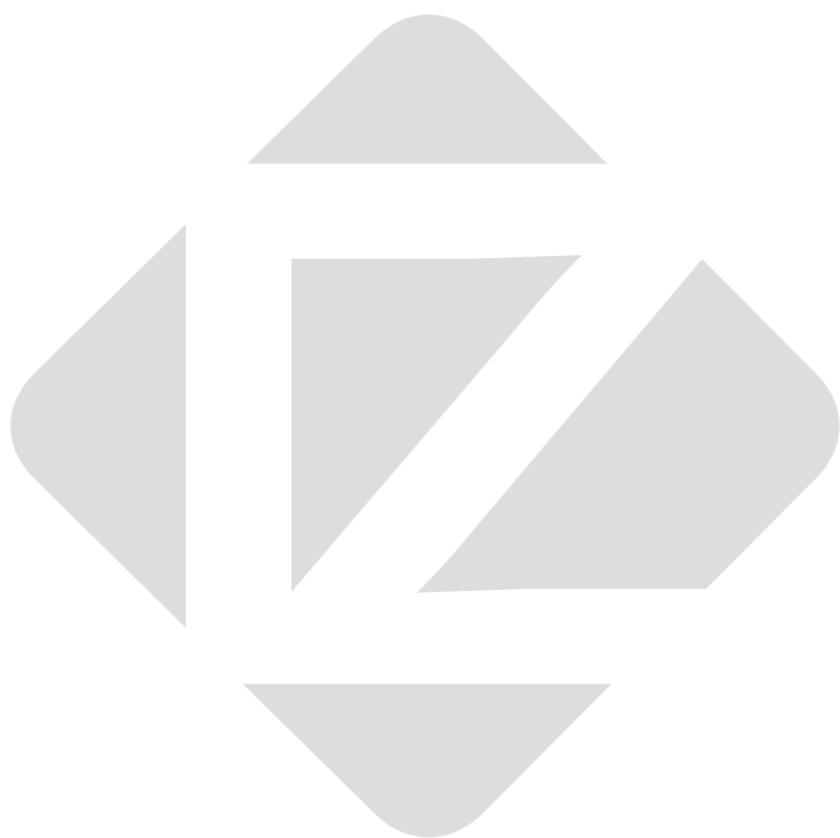
Yendo a la historia, cabe decir, al presente y al pasado, *Quebranto* se lee también como producto de una catástrofe pandémica ocurrida cuatro años antes de la publicación de este libro (lo cual es muy poco tiempo para procesos sociales de elaboración de la experiencia, de los cuales la escritura de ficción es solo uno de ellos) y cuyos resultados seguimos dimensionando, en especial a partir de relatos como estos. En efecto, esas caminatas urbanas y vagabundeos en espacios abiertos se contraponen a aquel inédito y profundamente doloroso aislamiento social sufrido en esos años, cuyas consecuencias en nuestros modos de sociabilidad y sensibilidad política siguen actuales hasta hoy. Si a eso le añadimos el encuentro con los fantasmas de los seres queridos, en un abrazo tan cálido y cercano como solo puede ocurrir en los sueños, entendemos que aquí la escritura es una práctica de conjuro y sanación. En esta línea, *Quebranto* se ubica junto a *Canción de Navidad* de Dickens, en una serie de relatos donde la piedad ocurrida en el encuentro entre vivos y muertos logra exorcizar profundas crisis sociales. Al igual que Scrooge, el Juan Diego de estas historias lucha contra el dolor, y los fantasmas queridos acuden en su ayuda.

La transformación ocurrida a partir de esta lucha y este lazo íntimo es lo que acerca esta literatura al relato épico.

En un tiempo de la historia argentina como el actual, en el que expresar determinados sentimientos como enojo, tristeza o alegría se vive como una negociación estratégica y política que cada día debemos trazar para determinar si nuestras emociones son adecuadas, buenas para el bien común o incluso seguras, la opción de estos relatos, que es la entrega total a la tristeza y el llanto sin restricciones, resulta un verdadero alivio para un corazón con una sed de emociones que solo las lágrimas pueden calmar. La invitación de los fantasmas de estas historias es clara: a deambular, temblar de frío, aparecer, desaparecer, estremecer el aire y, sobre todo, a llorar. Son relatos hechiceros que nos arrancan el fino y liberador elixir de las lágrimas, y nos obligan a encontrar dentro de nuestro corazón aquel silencio que es “nuestro único lenguaje”.

Alcanzamos entonces, a partir de la lectura de estos relatos, una composición total de la obra de Juan Diego Incardona. Se trata de una literatura de andanzas, tejidas por una particular emotividad, entre gauchesca, tanguera y peronista: *Villa Celina*, *El campito*, *Rock barrial*, *Las estrellas federales*, representaron un hilo en el telar de desdichas que hoy, con *Quebranto*, tal como una constelación, alcanzan la altura de la eternidad.

I ACEVEDO



1

SERENATA

Como una rosa deshecha por el viento.

SANDRO

De vez en cuando, uno se convierte en la excepción a la regla. Yo lo fui en un sanatorio una noche de felicidad popular. La selección argentina le había ganado a Países Bajos y había pasado a la semifinal. Afuera, la gente festejaba; adentro, los televisores de la terapia intensiva repetían una y otra vez los goles del partido y el gesto del Topo Gigio que Messi le había hecho a Van Gaal. “Mirá, mami, como Román”. Pero ella volaba de fiebre y ya no podía ver. “No me sueltes, me muero”.

El horario de visita era estricto y terminaba a las veinte. Las enfermeras les pedían a los familiares que se retiraran, mientras el personal de limpieza entraba en los boxes, alcohol y lavandina en mano. Mi mamá había cerrado los ojos y noté que los párpados le temblaban, quizás por estar soñando. El televisor perdió la conexión y en la pantalla quedó la lluvia estática. Imaginé que alguien habría desconectado la red, pero los otros televisores seguían funcionando. Sugestionado, pensé que algo sobrenatural empezaba a ocurrir, que la muerte había llegado para buscarla. “Andate de acá, hija de puta”. En la puerta, una figura cobraba forma. No podía verle la cara, porque nosotros estábamos en penumbras y ella a contraluz de las dicroicas del pasillo. “Debe

retirarse, señor, por favor”. Mi mamá me apretó la mano y yo, sin hablar, le dije a la figura no y no con la cabeza. Otra persona, y otra, llegaron preguntando qué pasaba, y entre ellas se iban contando en voz baja. “Es el hijo, es la madre, no se quiere ir”.

Escuché que llamaban al jefe de Guardia. Me saqué el cinturón, lo pasé por las dos presillas de adelante y me até a la baranda del costado de la cama. De pronto, se escuchó un lamento agudo y penetrante que llegaba de afuera. Todos guardamos silencio, hasta que una enfermera les dijo a los demás: “Es el gato de al lado. Esa ventanita –y señaló hacia el fondo del cubículo– da a la terraza del vecino”. Mi mamá abrió los ojos y me miró extrañada, como si no me reconociera. Después miró la habitación, sin comprender dónde estaba. “Me muero, ay, me muero”. Yo le acariciaba la cabeza y le decía: “Soy Juan Diego, mami, tranquila”. Pero ella no dejaba de sufrir. Afuera el gato volvía a lamentarse, quizás como respuesta a un sonido reconocible, atávico, más animal que humano. Entonces me acordé de la hiena de “Las nieves del Kilimanjaro” y, por un momento, tuve la esperanza de que mi mamá, como Harry, también sobreviviera. El jefe de Guardia ordenó que cerraran la ventanita. Yo me paré como pude, todavía atado al borde de la cama. “Atrás”, dije, y descubrí que tenía los puños cerrados y en guardia. Ellos retrocedieron. Comprendí que, más que pena, me tenían miedo, que yo tendría cara de loco asesino, una fiera mostrando los dientes, capaz de matar a cualquiera, matar a todos.

Mirtha, la señora más grande del personal de limpieza, se acercó hasta el box, donde ya se había reunido bastante gente, y pidió que no me molestaran. El jefe de Guardia dudó y habló de la administración y el protocolo. “No importa”, replicó Mirtha, mostrando más autoridad que él. “Salgan todos de acá”. Los demás le hicieron caso y se alejaron. Mi mamá emitía quejidos constantemente y yo no sabía cómo calmarla.

Cuando era chico, me atropelló un auto. Me levantó en el aire y caí de cabeza al piso. Sobreviví de milagro, pero quedé un mes

postrado en cama. La primera noche levanté fiebre, tuve pesadillas y soñé que mi mamá se moría. A la mañana, después de que ella me puso trapos mojados durante horas, me dijeron que no me preocupara por ese sueño, que seguro le había alargado la vida. Pasaron los años y ahora la escena se había invertido. No sé qué cosas soñaba ella en su larga agonía, pero yo hubiera deseado quedarme dormido a su lado y soñar con su muerte, cualquier muerte que le alargara la vida una vez más, pero desde esa noche tuve insomnio por varios días, y mi mamá no tenía tanto tiempo.

Estaba toda lastimada: manos y brazos llenos de moretones por los pinchazos, conectada por todos lados, hielo debajo de las axilas, los labios morados, los pies blancos, sin sangre. Su cara ya tenía aspecto cadavérico, pero ella todavía respiraba y su corazón no dejaba de latir. Jamás. Pese al ACV, a las malditas infecciones intrahospitalarias, los hongos, los virus, las bacterias, porque todo la atacó en el imposible sistema de salud. Yo le decía “Ma, sos de Boca, sos de Villa Celina, tenés que aguantar, te tenés que recuperar, vos podés”. Qué idiota que fui. Quizás ella me escuchaba y yo la empujaba a la lucha, al largo sufrimiento. Perdón, mamita, yo no quería que sufieras como lo hiciste, fui tan egoísta, yo deseaba que siguieras con nosotros, vos eras el centro de la familia, Celina de Villa Celina, la maestra más famosa del barrio, nuestra ídola. Y ella me escuchaba y peleaba, cuando ni siquiera Dios se dignaba a hacerlo. Por más padrenuestros, avemarías, promesas, estampitas y velas, del cielo solo llegaba silencio; y del fondo de la tierra, en cambio, los peores alaridos brotaban de su propia boca.

Era insoportable, como escuchar un demonio. Estallé en llanto. Quería tapparle la boca, callarla. Las peores ideas se me cruzaban por la cabeza y alrededor la oscuridad se hizo profunda. El gato del vecino respondía los lamentos y yo enloquecía. Quizás si la ahogaba por fin ella tendría paz y descanso eterno. Yo me convertiría en matricida, pero lo haría por piedad y amor, sería un sacrificio enorme, más un regalo que un horrendo crimen. Empecé

a temblar, como si yo también tuviera fiebre. La miraba a mi mamá y aún en su cara demacrada reconocía la calidez de mi ser más querido. Y la llené de besos. “Perdoname, mami, por todas las veces que no fui a verte, aunque vos me reclamaras que fuera, perdoname por haber sido tan ermitaño y perderme tantos días en familia, ojalá pudiera volver atrás”. Ella, metros abajo en su inconsciente, nombraba a mis abuelos Mamama y Papapa. En sus sueños, era otra vez una niña.

Entonces, empecé a cantarle.

Las únicas canciones que se me ocurrían eran las mismas que ella había escuchado tantos años en la cocina de nuestra casa del barrio. Ponía los casetes en el viejo reproductor Philips que tenía bajo la ventana que daba al patio donde yo jugaba. Entonces sonaba la banda de sonido de mi infancia: Sandro, Leonardo Favio, María Martha Serra Lima, Dyango, Roberto Carlos, José Feliciano, Pablo Milanés, Julio Iglesias, Rocío Durcal, Yuri, Paloma San Basilio, Valeria Lynch, Cuco Sánchez, Armando Manzanero, Los Panchos...

Parecía que eso la calmaba, así que canté y canté todo el repertorio. Cuando hacía una pausa, automáticamente mi mamá volvía a quejarse, como si fuera un bebé reclamando su canción de cuna. Por momentos me pareció que sonreía. El gato del vecino dejó de lamentarse y mi estado de ánimo también mejoró, aunque estaba agotado. Perdí la noción del tiempo, hasta que miré el celular: eran las cuatro de la mañana. No daba más, cuando de pronto apareció Mirtha. “Anda a descansar, mijo, que yo le canto hasta que vuelvas”. Desaté el cinturón de la baranda, me lo puse bien y salí al pasillo en busca de agua del dispensador. Las enfermeras que tomaban mate en la recepción me miraron fijo. Detrás, se empezó a escuchar la voz de Mirtha que cantaba. Volví al box y descubrí que mi mamá por fin dormía. Al ver la cara de Mirtha, me dio la sensación de que era parecida a mi tía Nerea, la hermana de mi mamá que había fallecido un par de años antes, y eso me tranquilizó y decidí irme a mi casa a descansar para volver horas después.

A la semana siguiente, en la mañana de la semifinal, mi mamá se murió dos veces. Primero su corazón dejó de latir y nos avisaron que fuéramos al sanatorio. Cuando llegamos, nos dijeron que había revivido sola, veinte minutos después, pero que su estado era crítico. Ella seguía luchando. Uno a uno, entramos a verla mi papá, mis hermanas y yo. Le dijimos que la amábamos, le agradecemos por todo lo que nos dio, la besamos. Cuando llegó mi hermana María Laura, que entró última, finalmente falleció. En un último esfuerzo, logró esperarnos para que todos nos despidiéramos.

Madre: fuiste la persona más fuerte que conocí, tanto que a veces imagino que tu corazón sigue latiendo en la tumba. Gracias y perdón. Te extraño. Me siento solo, me siento triste y no puedo recuperarme. Me gustaría hablar con vos, que me aconsejaras como solías hacerlo. Quisiera leerte una vez más “El hijo de la maestra”, pero con vos estando viva, divertida y comentando las escenas del cuento, no frente a tu cuerpo inerte en un cajón abierto como lo hice en la capilla del Sagrado Corazón. Madre, me gustaría tener fe, alegría, amor, pero siento que esta orfandad solo profundiza la melancolía que siempre tuve. Si todavía sigo acá, es por mis hermanas, por mis sobrinos, porque vos me lo pediste y lo haré, pero no creo que pueda ser feliz. Las canciones de tus casetes eran todas tristes.

Por ese palpar que tiene tu mirar, yo puedo presentir que tú debes sufrir...

SANDRO

Se fue como el viento de la Sierra...

DYANGO

Yo que te di todos mis sueños y para mí nada soñé...

MARÍA MARTHA SERRA LIMA

Pero el amor escapa y ya no ha de volver...

JOSÉ FELICIANO

Yo sé que es imposible nuestro amor porque el destino manda...

PABLO MILANÉS

Ya lo ves, la vida es así, tú te vas y yo me quedo aquí...

ROCÍO DÚRCAL

